



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

KLIX.

El suplicio de la rueda.

Eran las seis de la mañana. Un hombre entró en la capilla en que estaba Paula. Este hombre era el verdugo. Al verle, la primera expresión que experimentó Paula fue de terror, la segunda de placer; ¡iba á morir!... Pero, á pesar suyo, al aspecto del hombre que iba á atormentarla no habia podido reprimir un primer movimiento de horror; instinto de la naturaleza física que no cede sino después de la reflexión á la influencia del sentimiento moral.

— Estoy pronta, dijo la joven levantándose.

El verdugo entonces se acercó, y puso en la cabeza del reo un casquete verde con una cruz blanca. Este gorro tenia la forma de un gorro griego. Luego, despojando á Paula de su hábito de franela blanca, el verdugo la vistió una túnica en parte roja y en parte negra. El color negro era el de los parricidas; el rojo designaba el sacrilegio. Paula le dejó obrar con indiferencia; poco le importaba el traje con el cual iba á perder la vida. Cuando el verdugo acabó:

— ¿Nada más? le preguntó ella.

— Nada por ahora, respondió aquel.

— ¿Cuándo debo morir?

— Todavía no.

— ¡Oh! ¡Dios mío! dijo Paula con impaciencia.

El verdugo la miraba con admiración; no comprendía como un reo estuviese impaciente por morir. Dejó á Paula sola diciendole:

— Haced vuestros últimos actos de contricción.

Paula se puso de rodillas clamando nuevamente á Dios su eterna suplica.

— ¡Que me reúna á Fernando!...

Un sacerdote entró entonces en la capilla para exhortarla por última vez, pero ella no le respondió; continuó implorando á Dios por su alma.

Y como él insistía, ella le respondió con dulzura.

— Dios me ha perdonado, mi madre me lo ha dicho.

El sacerdote creyó que el terror del suplicio habia trastornado su razón. En este momento venian á buscarla. Ella se levantó con un grito de alegría y se adelantó hácia la puerta; pero como su caliz de dolor no habia sido todavía lleno, se la cogieron las dos manos que ataron con cuerdas, como si fuese necesario llevarla por fuerza á ese suplicio que reclamaba con tanto ardor. Mas la resignación de Paula no tenia límites; era feliz en sufrir....

Salió de la capilla.

Durante este doloroso peregrinaje, Paula fué el objeto de una ardiente curiosidad, y tambien de una increíble piedad. El pueblo, que la tenia siempre por un joven religioso, se sentia enternecido, á pesar suyo, en favor de tanta juventud, y la memoria odiosa de Pedro Arbues aumentaba todavía esta disposición á la indulgencia por su asesino. La comitiva llegó así hasta la plaza Mayor. Al volver á ver este lugar en que la última vez que ella habia venido á él, el día del auto de fé, Pedro Arbues habia hecho inmolar tantas víctimas, el corazón de Paula se llenó de indignación; volvió los ojos hácia el quemadero como para buscar en él los mártires que habian caído sobre esta abrasada arena. Allí habia perecido tambien Fernando. Este fue el último recuerdo de Paula hácia su existencia terrestre ahora cumplida. Bajó la cabeza sobre el pecho, y esperó que la muerte viniese á buscarla. Miró sin palidecer los instrumentos de su suplicio, y subió al cadalso con paso firme. Un fraile agonizante subió con ella.

Cuando hubo llegado, se echó de rodillas levantando los ojos al cielo, y, de lo más profundo de su corazón, imploró por última vez su misericordia. Luego se levantó y esperó.

Mas en este momento sus ojos se detuvieron en la multitud que rodeaba el cadalso, y entre todas estas caras desconocidas, observó una blanca y dulce figura que estaba al pie de su Calvario, como la madre de Cristo bajo la cruz del Salvador de los hombre. Era la tierna y valerosa Juana.

En este momento supremo, queria todavía fortificarla con su presencia, y habia tenido el valor de venir á asistir á su suplicio. Paula se sonrió imperceptiblemente,

luego le mostró el cielo con los ojos. La ejecución iba á empezar.

Habia sobre el cadalso una grande aspa de san Andres, una maza de hierro, un hacha y una picota. El verdugo desató la mano del reo, tomó la mano derecha por el puño, la colocó en la picota y quiso atarla á ella.

— Es inútil, dijo Paula, cortad.

El verdugo levantó su hacha.... Paula seguía con los ojos todos sus movimientos. Pero, más rapido que el pensamiento, el hacha cayó silbando.... y esta mano blanca y pálida saltó sobre la picota, inundada por los torrentes de sangre que se escapaba por las arterias cortadas. De un solo golpe el verdugo la había separado del brazo.... Un prolongado grito de horror se oyó entre los espectadores. Paula sola no había dicho nada: únicamente su rostro se había vuelto todavía más pálido, y un ligero temblor nervioso se apoderaba de ella.

El verdugo quiso restañar con trapos la sangre que salía de la herida.

— Dejadla, dijo Paula, pronto concluirá.

Ella empalidecía á ojos vistos, y á pesar del inmenso valor, el dolor atroz que sufría y la grande cantidad que perdía de su brazo mutilado, la debilitaban por momentos; apenas podía sostenerse. Volvió los ojos á la cruz en que debía terminar su suplicio, y en su avidez inexplicable de descanso, se sonrió para este lecho de dolor que iba á lo menos á soportar su cuerpo anonadado; y dirigiéndose al verdugo con voz suplicante le dijo:

— Acabad....

El verdugo, ayudado de un criado, la tomó al momento en sus brazos robustos, la tendió en la cruz, teniendo cuidado que cada uno de sus miembros correspondiese á sus respectivos brazos, de suerte que así colocada, el cuerpo formaba la figura de X. Legó luego las piernas y los brazos de la víctima, aún el brazo doloroso que había sido mutilado; y después que estas diversas operaciones estuvieron acabadas, este hombre, que no debía tener entrañas, levantó impasible su maza de hierro como hubiese podido hacerlo una máquina viviente. La mano cayó bruscamente con todo el peso de la fuerza hercúlea de este hombre, sobre un brazo delicado que se quebró como un vidrio. Era el que había sufrido ya la pena de los parricidas.

Un gemido sordo, prolongado, vino á morir en los labios de la desgraciada, igual al último sonido del metal

sobre el timbre sonoro después que la hora ha sonado. Un horrible estremecimiento de dolor corría por la médula de los huesos de Paula. Era horrible.... Los espectadores, silenciosos y aterrados, asistían temblando á este espantoso drama.

Á pesar de las ligaduras que la sujetaban á la cruz de agonía, los miembros de Paula eran agitados por convulsiones horribles; y á pesar del calor del día, sus dientes sonaban como si tuviese frío.

Su sangre continuaba corriendo, y ella iba debilitándose cada vez mas.

Tres golpes de maza semejantes al primero acabaron de quebrantar ese cuerpo tan hermoso, creado para todas las delicias de la vida; y en cada vez los gemidos de Paula eran más sordos y más ininteligibles.... Al último golpe, los gemidos fueron apenas sensibles.... los ojos de la víctima, ya cristalinos y cubiertos, acabaron de cerrarse, sus largos parpados negros se abatieron sobre sus mejillas como una sombra ligera, su frente se coloreó de un color de márfil amarillento.... su boca se contrajo sobre los dientes deslumbradores como en una última sonrisa, y una ligera convulsión elevó una última vez su pecho.... luego acabó....

La sangre cesó de correr de las arterias.... Paula no padecía ya. El verdugo puso la mano sobre el corazón de la ajusticiada, no tenía ya pulsaciones.

— Ha muerto, padre mio, dijo este hombre al fraile que la había acompañado hasta el cadalso.

— Dios tenga piedad de su alma, respondió el fraile volviéndose al pueblo, recemos, hermanos, por la víctima que acaba de espirar.

Á estas palabras, Juana, que durante todo el tiempo que había durado este espantoso suplicio había estado al pie del cadalso, sofocando sus sollozos y devorando sus lágrimas, Juana exaló un gran suspiro como si un peso horrible hubiese sido arrancado de su pecho.

Su hija, que no había podido salvar, había á lo menos dejado de sufrir.... Un grande silencio reinaba en los espectadores; esta terrible ejecución había sido tan rápida, la paciente, víctima fuerte y resignada, había tan poco tratado de interesar al pueblo en su favor, había demostrado un valor tan heróico, que este pueblo español, tan afecto á toda grandeza, se sentía arrastrado á una admiración sin límites por un fraile parricida. Si el hubiese sabido que ese fraile era una mujer.... cuanto mayor habría sido su admiración.

Pero por un cálculo de la justicia, ese secreto quedó siempre ignorado; se tenía que divulgándose no se adivinaría también la verdadera causa de la muerte de Pedro Arbues. Porque no tenía cuenta á la iglesia romana que quería hacer del inquisidor un santo y un mártir.

El verdugo y sus familiares bajaron del cadalso... El pueblo se retiraba lentamente reflexionando según su sentido, sobre este suceso extraordinario de un inquisidor puesto á muerte por haber asesinado á otro inquisidor; porque Paula no era para él más que un individuo de la inquisición. Bien pronto no quedó ya al rededor del cadalso más que las centinelas encargadas de custodiar el cuerpo, hasta la hora en que el verdugo viniese á es- cuartizarle. Esto debía hacerse aquella misma noche. Juana se retiró la última; pero se mantuvo poco alejada de la plaza, en lo interior de una iglesia vecina; su obra no estaba todavía concluida.

De cuando en cuando, algunos curiosos se adelantaban junto al cadalso, se ponían en las puntas de los pies, y miraban al cadaver del reo, hermoso todavía á pesar de tan crueles mutilaciones; pero las centinelas separaban con cuidado á los curiosos por que se había mandado que nadie pudiese arrimarse á él. En fin la noche llegó...

La plaza Mayor estaba desierta; solo algunos garduños la atravesaban de vez en cuando, en silencio, los pies descalzos ó con alpargatas, marchaban con paso ligero; ellos pasaban como por casualidad, sin intención, no tratando aún de acercarse al cadalso; pero, en efecto, estos hombres estaban de centinela para observar donde llevaban el cadaver de Paula, después que el verdugo le hubiese escuartizado. La que no había cesado de velar por esta desgraciada joven durante su vida, la noble y fiel Juana, velaba todavía sobre sus restos mortales: ella había comprado, con el oro y las alhajas que le quedaban, esos hombres que el celo de la ganancia tenía siempre el poder de seducir, y á quien, visto sus relaciones íntimas con la inquisición, la impunidad era casi siempre segura.

Cuando dieron las diez, el verdugo, seguido de su ayudante, volvió al lugar de la ejecución. Tenía en la mano un fino escalpelo, y sus ayudantes llevaban escarpías de hierro muy agudas. Llegado al cadalso, el verdugo comenzó á desatar el cadaver que había quedado atado en la cruz; estaba todavía tibio, y los miembros no habían perdido sino muy poco de su flexibilidad. El ver-

dugo partió en dos, en la espalda, la túnica con que Paula estaba vestida, y puso desnudo este cuerpo blanco y puro de una forma encantadora.

Luégo, á la claridad de un acha de viento cuya llama vacilante proyectada sobre estas carnes macilentas, tonos de un rojo vivo mezclados con grandes sombras negras, el verdugo se puso á dividir el cuerpo con una destreza increíble; cortó en los músculos y los nervios, separó con presteza los tendones, y después de haber perfectamente separado los huesos, los sacó el uno después del otro; acabó de cortar los músculos y separó los miembros del tronco. Hecho esto, cortó con prontitud la cabeza y la colocó al lado de los miembros.

Al terminar esta operación, un hermano de la Paz y Caridad, se adelantó hacia el cadalso y reclamó el tronco del cadaver para sepultarle. Era el derecho de la hermandad, y ella se apresuraba á usar de Este tronco fue piadosamente recogido en una caja de madera de encina; y los cofrades, apoderándose de este precioso botín de la caridad, dirigieron una mirada de pesar sobre los miembros abandonados que quedaban en manos del verdugo.

Sin embargo, el cuerpo no fue entejado á la cofradía de la Paz y Caridad sino bajo la promesa de no revelar el sexo de Paula. El verdugo llevó pues los miembros y la cabeza; las reunió y lió en un saco de lienzo lleno de salvado, y siempre seguido de sus dos satélites, se dirigió al camino de Cadiz, del otro lado del barrio de Triana. Los garduños siguieron de lejos para ver que dirección habían tomado. Cuando estuvieron á una media legua de Sevilla, los ejecutores plantaron en tierra cinco puntales de hierro, los fijaron solamente con un pesado martillo; después el verdugo colocó y clavó el mismo en la punta de los puntales, que estaba fuera de la tierra, los miembros y la cabeza de Paula, que quedaron así expuestos á la vista de los transeuntes y á la voracidad de las fieras. Hecho esto, los ejecutores se retiraron, su encargo estaba del todo cumplido. Los garduños habían estado ocultos á corta distancia.

— Ahora nos toca á nosotros, dijeron, cuando vieron los ejecutores á bastante distancia.

— Sí, y despachemos, añadió uno de los garduños á fin de que la humeada no venga á sorprender semejante oscurecimiento.

— ¡Dios nos libre! yo querría mejor ser sorprendido eclipsando la mitra del arzobispo.

Al mismo tiempo, los dos hijos de la Garduña se aproximaron á los puntales en que estaban expuestos los miembros de Paula. Uno de estos tendió en el suelo una sábana blanca, mientras que el otro, quitando uno á uno los miembros y la cabeza de la ajusticiada, los colocaba en ella. Poco minutos bastaron para esta operación. Luégo, cargados con su precioso depósito, los garduños tomaron el camino del palacio, que felizmente no estaba lejano. Nadie hallaron en su tránsito, y su expedición nocturna quedó perfectamente oculta. *Mandamiento* les esperaba en la sala de las deliberaciones.

— Ahí teneis, maestro, dijeron al llegar, nuestro encargo cumplido.

— Todavía nó, respondió *Mandamiento*; seguidme.

Y los condujo al subterráneo en que habian quemado el cadaver del antiguo gobernador de Sevilla. En el esperaba Juana. Un feretro forrado de seda blanca estaba en medio del subterráneo, al lado de una hoja que habia sido abierta. Al ver llegar los garduños, Juana se levantó. Se adelantó hácia ellos y tomó en sus manos los miembros mutilados de su hija; luégo dijo á *Mandamiento*;

— Que me dejen sola por algun tiempo; yo amortajare á mi hijo.

Mandamiento y los garduños se retiraron. Juana extendió en el suelo la sábana que contenia los restos de Paula, menos los que la Paz y Caridad habia ya recogido.

Á la vista de esta noble cabeza que habia amado tanto, el valor de la anciana pareció abandonarla un instante. Se inclinó sobre aquellos labios frios y descoloridos que habian mamado su leche cuando Paula era niña, y lloró sus últimas lágrimas, lágrimas de madre. Mas esta alma fuerte y llena de fé, no podia por mucho tiempo dejarse abatir; miró aquellos ojos faltos de vida, diciéndoles al besarlos por última vez:

— ¡Mortaja mortal del alma de mi Paula, volved á la tierra á esperar la resurrección eterna! No está ya aqui Paula, Paula está en el cielo, yo iré á reunirme con ella. Entonces enjugó sus lagrimas, colocó con valor los miembros frios con la muerte en el feretro que los esperaba, los cubrió con un grande lienzo, y se arrodilló rezando ante ellos.

Al cato de una hora, *Mandamiento* entró con los garduños. Juana se levantó y se acercó á él.

— Tomad, dijo, señor *Mandamiento*, habeis cumplido vuestra palabra con fidelidad, y he llenado tambien las

mias; pero no es bastante todavía, quiero recompensar vuestro celo.

Al mismo tiempo, quitó del dedo una sortija de muy grande valor y la dió al maestro de la Garduña.

— ¡Señora! dijo *Mandamiento*, deslumbrado con un tan rico presente, ¿que hará la cofradía para pagar vuestra generosidad incomparable?

— Dejadme orar hasta mañana al lado de este atahud, dijo Juana; mañana le colocareis en la sepultura que le está destinada.

— Así se hará cual deseais, respondió *Mandamiento*.

— Que no vengán aqui hasta mañana por la mañana, añadió Juana.

Mandamiento se inclinó en señal de consentimiento. La nodriza de Paula permaneció sola. Pasó toda la noche rezando al lado del cadaver. Cuando al otro día, los garduños volvieron para sepultarle, hallaron á Juana inclinada sobre los restos de su hija, las manos cruzadas y la cabeza baja. La llamaron, no respondió. Uno de ellos, la cogió del brazo para despertarla, creyendo estaba dormiba; pero Juana no despertó, y su cuerpo permaneció inmovil y frío como una piedra. Ella habia cumplido la promesa hecha á Paula. Cuando Paula habia dejado la tierra, Juana la habia abandonado tambien, sin dolores, sin esfuerzos, sin medios culpables; por la sola voluntad de morir....

— Maestro, dijeron los garduños á *Mandamiento*, esta mujer está muerta, ¿qué haremos de su cuerpo?

— La caja es grande, respondió el maestro; es acaso la última voluntad de esta señora ser sepultada con ese cuerpo mutilado; ponedla en ella y que la misma tierra las cubra.

Dos mujeres de la Garduña fueron llamadas para amortajar á Juana, y después de las oraciones y ceremonias, se colocó el feretro en la sepultura. Luego le cubrieron con tierra. Los subterráneos de la Garduña, habrian eternamente guardado el secreto de estos extraños funerales, si el maestro, según costumbre invariable de la cofradía, no hubiese consignado el hecho en sus misteriosos registros, hallado algunos siglos después.

L.

La despedida.

En una de esas numerosas posadas, escalonadas á lo largo del muelle, á donde venían á comer los marineros que, de todas partes del mundo, concurrían al puerto de Cadiz, tres personas se hallaban juntas en medio de una sala baja. Á su lado, en bancos toscos, se habian colocado algunos objetos indispensables para un viaje de ultramar: dos pequeñas maletas, de la dimensión más escualida, y un saco de lana, atado con cordones de modo que podía llevarse en la mano, y salvado aún en caso de fuga. Las tres personas que ocupaban esta sala eran el conde de Vargas, la joven condesa y Juan de Avila.

Hacia quince días, Estévan y Dolores, llegados sanos y salvos á Cadiz por gracia de la Garduña, esperaban el cumplimiento de la promesa de José. El apóstol, que no se habia retrasado más que algunos días, esperaba con ellos, ayudándoles á soportar estos últimos momentos de ansiedad penosa que preceden al cumplimiento de un acto decisivo de la vida.

Sin embargo, la impaciencia comenzaba á dominar. Por otra parte, á pesar de su incognito y la precaución que habian tenido los jovenes recién casados de conservar su traje popular, Juan de Avila no estaba tranquilo, temía por ellos las persecuciones de la inquisición. Los tres amigos estaban sentados hácia algunos minutos sin hablar; parecían dominados de una violenta preocupación.

— Padre mio, dijo en fin el joven conde, hace ya cerca de veinte días que hémos dejado á Sevilla; el buque holandés, en el cual he ajustado nuestro viaje, puede dar á la vela de un momento á otro, y temo ex-

poner á Dolores permaneciendo por más tiempo en España. ¿Creeis que don José venga á reunirse con nosotros como ha prometido? No hay más bien lugar de temer....

— ¿Que se yo? respondió el religioso; la desaparición de Juana me parece extraordinaria, la huida de esta mujer oculta ciertamente un misterio; sin embargo no puedo creer....

— ¡Oh! no, no, exclamó sencillamente Dolores; José tiene un corazón de un angel, es un mártir como nosotros; quien sabe, añadió con ternura, quien sabe que desgracia habrá acaso alcanzado á ese joven.... Había en el alguna cosa de fatalidad.

— Yo jamás he tenido entera confianza en ese dominico, replicó Estévan.

— La inquisición oculta tantos secretos raros y terribles, observó Juan de Avila.

— Mas en fin, padre mio, continuó Estévan, nuestra seguridad exige que partamos pronto; debo yo, por obedecer á una palabra dada en cambio de una promesa incierta, comprometer la seguridad de la que me es más querida que la vida?

— Dos días más, dijo con dulzura la condesa, dos días solo, Estévan mio; si pasados estos José no viene.... ¡bien! partiremos, añadió con un suspiro doloroso, como si al momento de exalarle hubiese dado un adios tierno y penoso á su España querida.

En este momento un marinero del buque en que debían embarcarse vino á decirles que daba á la vela la misma tarde.

— ¡Como! ¿tan pronto! exclamó vivamente Dolores.

— El viento es favorable, señora, respondió el marinero.

Esta palabra cortó todas las dificultades, ¡el viento! es el rey, es el Dios de los marineros....

Dolores bajó tristemente la cabeza y calló.

— ¿Lo veis, padre mio? dijo Estévan, es imposible esperar más, es preciso marchar, marchar hoy mismo.

— Es cierto, respondió Juan de Avila, conmovido de la tristeza de Dolores; la imperiosa necesidad es la que manda, es preciso obedecerla.... sobre todo, añadió, es indudablemente la voluntad de Dios.

— ¡Pues bien! dijo Estévan al marinero, mostrándole las dos maletas, tomad eso y llevadlo á bordo; esta tarde iremos nosotros tambien.

El marinero obedeció y marchó. Dolores recogió el saquito de lana y lió los cordones al brazo. Este saco con-

tenia las cenizas de su padre. Hacia mucho calor. Estévan salió un instante de la posada para respirar el aire fresco de la mar que se levantaba. Dió algunos pasos hacia el muelle, á lo largo de las murallas que limitan la concha en que está situado el puerto de Cadiz. Esta antigua ciudadela, esa ciudad impenetrable, rodeada de un doble recinto de agua y de piedra, tenia un aspecto triste y lúgubre. El sol heria de plano sobre el empedrado abrasador; las calles estaban desiertas, y no se oia nada más que el ruido de las olas que batian las murallas con un ruido armoniosamente monótono, los pasos de las centinelas de la puerta del mar.

— Esta tarde, dijo Estévan hablando consigo mismo, ¡esta tarde voy á dejar la España! ¡Oh! ¡el cielo le sea propicio! exclamó volviéndose hacia el norte como para dirigirle una última mirada de amor y de indecible ternura hacia esta tierra querida. Que Dios desvie de ella el azote de sus maldiciones, que la dé una vida nueva.... Vamos, añadió suspirando profundamente, para mí el último sacrificio.... Es preciso dejarla, pues no puedo hacer nada por ella....

Al concluir estas palabras, vió dirigirse á él, por el camino de tierra, cinco personas que parecian de Sevilla. Volvió entonces atrás y entró prudentemente en la posada, porque temia á cada instante que le siguiesen y se les descubriese antes que se hubiesen embarcado. Mas apenas habia cerrado la puerta de la sala en que estaban Dolores y Juan de Avila, que llamaron con fuerza á la puerta. Estévan se estremeció y dudó un momento.

— ¿Quien es? preguntó Dolores asustada.

— Abrid, señor don Estévan, gritó al momento una voz que los tres amigos conocieron al momento. Era la de Coco.

— ¡Es José que viene! exclamó Dolores.

Estévan, un poco tranquilo, habia abierto la puerta. Mas no era José; era Coco, su hermana, *Manolina* y la *serena*, que llegaban de Sevilla, conducidos per uno de los guardaños de la cofradía de Cadiz, que habian recibido á Estévan y Dolores á su llegada, y les habian recomendado al alma de la posada á donde estaban. Grande fué la sorpresa de Dolores, de Estévan y de Juan de Avila.

— ¿A que habeis venido á Cadiz, hijos míos? les preguntó el apóstol.

— Venimos á buscar al señor don Estévan, y la señora Dolores para seguirles y servirles en todas partes á donde vayan, respondió la *serena*.

— Gracias, por vuestro cariño, respondió la joven enternecida; no es la primera vez que lo he experimentado; ¡pero sabeis, amigos míos, que quereis seguir á pobres extraviados que apenas tendran para vivir?

— Nosotros trabajaremos para manteneros, respondieron al mismo tiempo las dos mujeres.

— Trabajar no nos costaria mucho, respondió Coco; pero, gracias al cielo, los señores no tendran necesidad de nuestro corto trabajo.

— ¿Y don José? ¿qué ha sucedido á don José? exclamó Dolores con ansiedad; no me habeis hablado de él, Coco.

Al nombre de José, el alguacil bajó tristemente la cabeza. *Manolina* permaneció mudo, y las dos mujeres se pusieron á llorar....

— ¿Qué hay? ¿qué le ha sucedido? preguntó la condesa de Vargas.

Entonces, con voz triste, conmovida, cortada, el fiel alguacil refirió á los señores el terrible desenlace de la tragedia que acababa de pasar en Sevilla. Juan de Avila, Estévan y Dolores escucharon con un profundo estupor esta horrorosa narración; y cuando Coco, en su lenguaje animado y pintoresco llegó á referir los últimos momentos de José:

— ¡Oh! exclamó la condesa bañada en lágrimas, bien sabia yo que José era un mártir.

— No es ese solo, señora, añadió Coco sacando del pecho la cartera que Paula habia tan cuidadosamente sellado el día en que dejaba el palacio inquisitorial y que habia entregado á Coco, no es eso solo; he aquí un deposito que don José me ha entregado para vos; tomad, señora, eso os pertenece.

— A mí, dijo Dolores admirada.

— A vos, hija mia, contestó Juan de Avila, pues es el legado de un moribundo.

Dolores tomó entonces la cartera con una mano trémula, la abrió, luego se la dió á Estévan. Ella no comprendió el valor de esta multitud de pedazos de papelitos cubiertos con una letras la mayor parte ilegibles, metidas entre los dobleces del tafíete.

Mas inteligente en estas cosas, Estévan, después de haberlas reconocido rapidamente, dijo á su mujer:

— ¡Noble José! no ha querido que los que habiaamado tuviesen que sufrir la miseria; ¡Ahí tienes toda una fortuna, Dolores!

— ¡Pobre José! exclamó la joven, más tocada de la muerte horrible de un amigo y del afecto que les habia demostrado, aún al morir, que de la mejora que una suma tan considerable podia traer en su presente situación. Al mismo tiempo, apercibió en la cartera un papel de más grande dimensión que las letras de cambio, cerrado y sellado con todo esmero. En el sobre, Paula habia escrito de su puño las lineas siguientes:

A la condesa Dolores de Vargas, cuando esté en seguridad fuera de su patria.

— Esto no debe leerse todavía, y volvió á colocar el paquete cerrado en la cartera.

El día se habia rapidamente transcurrido, el sol se ocultaba en el oriente, el movimiento de la vida comenzaba nuevamente á renacer en la población. El marinero que ya otra vez habia venido á avisar á los viajeros entró de nuevo en la posada.

— Señor, dijo á Estévan, un bote espera en el muelle para conducirnos á bordo.

— Partamos, contestó este, partamos, pues es preciso, cuanto más antes mejor.

Dolores entonces se acercó á Juan de Avila, y con su voz dulce y penetrante cuyo encanto era irresistible:

— Padre mio, le dijo, ¿no venis con nosotros?

— No, respondió Juan de Avila, no, hija mia, no os acompañaré; no me pertenezco á mí mismo, pertenezco á la España. Los pobres y los afligidos llaman por mí, y junto á ellos es á donde debo yo ir.

— Es cierto, dijo ella, volved á su lado, no pueden estar sin vos. Vos sois para ellos el representante de Dios que sabe cambiar el mal en bien, en tanto que la iniquición muda en mal el bien más perfecto.

— Hé ahí porque no quiero seguirlos, respondió Juan de Avila.

— Padre mio, dijo Dolores, no quiero desviaros de ese noble pensamiento. Obedeced á la voz del cielo, pero que de lejos vuestro espíritu esté siempre con nosotros; permanezcamos unidos en una eterna y santa amistad...

— Esta es la verdadera comunión del espíritu anunciada por el Hombre Dios, respondió el apóstol; sí, hija mia, yo estaré siempre con vos por el pensamiento.

— ¡Oh! dijo Dolores, aunque de lejos me parece que estaré bajo la influencia de esta poderosa protección.

— Vos sereis vigilado y protegido por Dios, respondió Juan de Avila; ¿qué podeis temer?

Los viajeros salieron en este momento de la posada, Juan de Avila quiso acompañarlos hasta el buque. Entraron todos en el bote que les esperaba en el muelle, los marineros agitaron los remos, y en pocos minutos estaban junto al buque holandes que debia llevarles, masa enorme, de vientre ancho y redondo, coloso lento, pero infatigable, que parecia desafiar las tempestades. Se puso la escalera que debia servir para subir al buque. Coco y su hermana, *Manolina* y la *serena* subieron los primeros. Estévan y Dolores habian quedado en el primer bote con Juan de Avila.

— Subid pronto, señores, les gritó el piloto, el viento refresca, vamos á dar á la vela.

— Adios, padre mio, le dijo la joven conteniendo una lágrima; adios, orad por nosotros.

— Adios, hija mia, respondió el santo con voz conmovida, adios... no olvideis que no hay más de una felicidad en este mundo, y es la de los corazones puros y piadosos.

— Padre mio, respondió Dolores en voz baja, no hay felicidad para los espatriados.

Estévan tomó la mano de Dolores para ayudarla á subir, Juan de Avila se levantó.

Ella subió ligera y rápida, y en pocos momentos se halló á bordo.

— Adios, padre mio, dijo á su vez Estévan; si algun día la España despierta, acordaos de uno de sus hijos que muere lejos de ella ocioso y desterrado.

— Estévan, respondió Juan de Avila, los verdaderos hijos de Dios no tienen más de una patria: ¡la tierra! y de cualquiera punto del globo que una voz ardorosa y fuerte hace oír el himno eterno de la verdad, se une al edificio de la felicidad social. Os lo he dicho, no se regenera un pueblo con la espada, y la palabra, hija del Espíritu Santo, resuena invisible, pero tremenda, en las extremidades del mundo. Marchad, sed firme, invariable en la senda en que os habeis empeñado, y acordaos de que para mudar la faz del mundo no han sido precisos más que doce apóstoles, doce hombres sencillos y humildes de corazón, pero animados de una fé constante; desde apartados climas, todavía podeis contribuir á la regeneración de España.

Estévan subió á su vez la escalera que le separaba del puente. Todos estaban á bordo. Se hizo la chalupa del buque, la que llevaba á Juan de Avila se alejó á fuerza

de remos. Apoyado en estribos, Estévan y Dolores hicieron todavía una última despedida á su santo amigo. Juan de Avila alzó su mano derecha y les mostró el cielo como diciendole:

— Allí arriba nos volveremos á ver...

En el buque, habia un movimiento extraordinario; los marineros largaban las velas y soltaban al viento esas anchas lonas tejidas en la flematica Holanda.

Manofina y la *serena*, Cöco y su hermana, como buenos andaluces fieles á sus costumbres de gitanos, se habian acostado sobre el puente y miraban á lo lejos con ojos ternos el horizonte azul todo cargado de chispas doradas. Estévan y Dolores, en pié al lado del palo mayor, contemplaban con un entusiasmo mezclado de tristeza los esplendores de esta magnífica tarde.

Desde el punto en que estaban, los fugitivos admiraban á Cadiz, la ciudad invencible, Cadiz de las cúpulas doradas, circuida por la mar como por un cinto verde, y prolongada al este por el Trocadero, de inmortal memoria. Luego, algo más allá, estaba la tierra de España, Valencia la bella, Granada, la hija adorada de los moros, Málaga, la de los vinos deliciosos, y más distante todavía Sevilla, Sevilla la patria de Estévan y de Dolores.

Bien pronto se estremecieron, Dolores se apoyó en el brazo de Estévan para sostenerse. Acababan de levar el ancla. El buque, llevado por su peso enorme, habia toscamente saltado sobre el agua como un toro, y durante algunos minutos, temblaba con un balance graduado que iba siempre debilitándose: por fin, se escurrió dulcemente por la mar compacta dejando tras si un ancho surco.

Las olas ligeras, elevándose al rededor de los costados, iban y se retiraban formando una cinta de espuma. El viento hinchaba las velas que producian un ruido ligero y casi armonioso; la proa abria silbando el seno de la mar, y poco á poco, Cadiz se perdía á lo lejos como un punto negro á los ojos de los pasajeros inmóviles sobre el puente.

El sol se habia ocultado en el vasto abismo; y la noche tendia lentamente uno á uno sus velos de gasa negra sobre la tierra. El lucero vespertino brillaba en el cielo... Entonces Estévan miró á su compañera.

Inmóvil y muda, los ojos involuntariamente fijos en el punto imperceptible que para ella se llamaba Sevilla, Dolores parecia sumida en una religiosa y grande meditación. Su frente á los reflejos dorados, coloreada con la

última púrpura del sol, resplandecía entre los vivos resplandores de la tarde. Sus narices dilatadas aspiraban todavía el aire vivificador y puro, todo cargado de perfumes, de naranjas, y de rosas que venia de la tierra... y sus labios, ávidos y trémulos, parecian los de la Sibila, entreabiertos para un canto sagrado.

— ¡Salve! exclamó ella en fin, con voz á la cual la aspiración daba un encanto y una fuerza casi sobrenatural; ¡salve! ¡madre de los héroes, amante del poeta ibero y del godo bárbaro, tierra querida del cielo que en tu seno has sabido siempre cambiar en oro puro el más vil metal! ¡salve! ¡tu, cuyas entrañas han traído al divino Pelayo y Alfonso el Grande, el más sabio, el más filósofo de los reyes!

« Reina que has puesto sobre tu frente las más ricas coronas del mundo, tu has visto brillar en tu manto de púrpura los diamantes de Mejico y las palmas del desierto. Todo se ha reunido para contribuir á tu gloria, los godos te han dado su audacia, su bárbaro valor, su inmortal lealtad; los moros, la poesia que deleita, la civilización que suaviza las costumbres; y, de estas dos mezclas de cosas contrarias, la religión divina de Cristo ha hecho la Espana caballeresca y cristiana, la España sabia aunque conquistadora, la España, tierra de felicidad y de gloria, que tenia para todos sus hijos mamilas de nodriza y entrañas de madre. ¡O sublime unión de la religión y de la filosofía! ó más bien, ¡triumfo brillante de una religión consoladora y maternal!... ¿No hemos visto someterse á las leyes de una reina dulce, piadosa y tolerante, los descendientes de los Abencerrages, raza heroica, de los cuales el más humilde tenia sangre royal en sus venas?

¿No ha sido la tolerancia, no ha sido la dulzura la que hizo caer los muros de Granada, desmoronados por la crueldad de sus tiranos? »

La noche descendía más rápida, un velo blanquecino se extendía por la inmensidad del Oceano, el azulado cielo se poblaba de estrellas brillantes, y Cadiz, perdida entre la niebla, habia del todo desaparecido... En el horizonte se descubrian vagamente entre negras gasas siluetas de árboles ó de montañas, imágenes informes que iban amortiguándose y perdiéndose. Dolores continuó su canto inspirado, y á medida que se alejaban los sonidos de la tierra, la voz de la joven se engrandecía como la del viento en el silencio de la soledad:

Misterios de la inquisición.

« España! España! exclamó; ¡oh! cuan bella eres en los días de esplendor immaculado, cuando tus hijos, tan libres como animosos, tenían derecho de decir lo que sentían, y qué el último de los españoles, igual á sus reyes por el inextinguible amor que ligaba á los reyes y al pueblo, osaba quejarse de una injusticia real, y decir al rey: Habeis obrado mal, y sin embargo no dejaba de ser subdito fiel, é hijo amado (1).

« ¡Oh! ¡cual bello era entonces pronunciar la palabra sagrada de patria! porque la patria era verdaderamente la custodia de la felicidad de todos, y la existencia era dulce en su seno; entonces, habia apoyo para el debil, gloria para el fuerte, justicia para todos; entonces la España era verdaderamente libre y feliz, porque la libertad, es la felicidad.

« Entonces, abriendo todos los días el seno de esa tierra fecunda, el español podía decir con orgullo:

« — Para mi van á madurar esas mieses, para mi se cubriran de racimos dorados esas vides.... para mi, ó más bien, para todos, porque la España, formaba una gran familia de hermanos.

« Los satélites de Roma, insaciables vampiros, no habian todavía venido por la noche á chupar la sangre generosa de los que dormian, para que al otro día no hallasen en ellos más que cadáveres sin fuerza.... Entonces, los mismos que se hacian la guerra eran magnánimos y

(1) Bueno es hacer observar aquí que, en todos los tiempos y bajo todos los gobiernos, aun bajo el despotismo de los reyes y la crueldad de la inquisición reunidas, cuantas veces las asambleas nacionales han obrado libremente en España, ha habido españoles que, libres de las travas con que se comprimia su buen sentido y su filosofía natural, se han elevado sobre los de su siglo, han desgarrado con atrevida mano el velo que ocultaba los errores y las preocupaciones, y han hecho oír á los pueblos admirados y aun á los reyes y á los inquisidores la voz de la razón y el eterno lenguaje de la verdad.

Así las cortes de Aragon, de Castilla y de Cataluña, reunidas en 1510 para pedir al regente Fernando y al papa la reforma de la inquisición, la junta católica convocada en Burgos en 1508, para juzgar los presos de la inquisición de Córdoba al advenimiento del grande inquisidor Jimenez de Cisneros, y la gran junta reformada bajo Carlos II durante el ministerio del inquisidor Rocaberti, de 1695 á 1699, para poner fin á los conflictos que tenían lugar todo los días entre los inquisidores y los jueces reales, conflictos de que resultaban graves inconvenientes, y que impedían á veces la administración de justicia; estos tres cuerpos en varios intervalos y bajo la influencia de sucesos diversos, han condenado los tres los actos de la inquisición y del despotismo. En las tres asambleas se han hallado hombres cuyos principios filosóficos y vastas ideas humanitarias harian honor á los filósofos más avanzados de nuestro siglo. ¿Que concluir de esto? que Dios ha puesto en el corazón del hombre ideas de libertad y de progreso; que estas ideas, muchas con la especie humana, han podido ser sofocadas o contenidas en el santuario de la conciencia de los pueblos, pero que ni el despotismo, ni el tormento podrán extinguirlas sin retroceso.

valientes, y se estaba tan seguro de su enemigo como del amigo más fiel (1).

« ¡Oh! prosiguió bajando la voz, porque la noche habia venido, y un frio glacial habia circulado por todas las venas de la joven; ¡oh! ¿porque en este suelo fértil, cubierto de riquezas por la mano prodiga del Eterno, por qué esos rostros taciturnos y siniestro? ¿Qué lugubre sudario cubre la cabeza real de esa reina opresa y caritativa? ¿Cuales son esas manos ávidas, de garras de buitres, que oprimen sus entrañas para devorarlas y desgarrarlas?... Su palidez es profunda, su debilidad completa, sus carnes yertas como las de un agonizante.... Su voz, tan llena y tan fuerte, no resuena más que por intervalos con un largo gemido de agonía, mezclado de cantos siniestros, roncós como el sonido de la lima en el hierro, tristes como el del martillo que clava un sepulcro.

« ¡España! ¡España! ¿que ha sido de tí? ¿qué gusano roedor te ha mordido el corazón, y ha cambiado tu poderosa energía en una atonía mortal?... ¡Valor! ¿no oyes á lo lejos resonar la voz de los triunfos? ¿No extiendes tu dominación sobre las cuatro partes del mundo?... ¡Un rey conquistador está sentado sobre el trono á donde eternamente velan tus terribles leones, y la voz de la fama va repitiendo por todas partes estas dos mágicas palabras: ¡España! ¡Carlos V! Sí, pero te oigo responderme con voz lastimera:

« — ¡El rey todo lo hace por su gloria, nada por la patria! y mientras que el mundo corona á Carlos V, yo soy esclava y oprimida, y mi voz se pierde sin eco en el inmenso desierto del egoísmo real (2).

« — Cuando, exclamó anhelante y abatida, ávida de un instante de reposo llamo: ¡Gloria! ¡libertad! ¡filosofía! me responden: ¡Conquista! ¡riqueza! ¡despotismo!

» — La ignorancia, con su manto negro, ha cubierto

(1) Muchas veces se ha llamado á los españoles traidores; acaso sea la más injusta de las acusaciones que los extranjeros les hacen. Los españoles estan tan distantes de ser traidores, que el único crimen que no perdonan á un enemigo y que les impide de reconciliarse con él, es la traición. Jamás se han hallado otros traidores en España que los frailes, sacerdotes vendidos á Roma, ó á la inquisición, ó familiares del santo oficio.

(2) Los historiadores españoles están acordes todos sobre el egoísmo y ambición de Carlos V. Este egoísmo y esta ambición se han mostrado por la d. biez de que usó ante las Cortes de Castilla, de Aragon y de Cataluña cuando, en 1510 y 1512, estos cuerpos le pidieron en nombre de la España oprimida, la reforma de la inquisición que prometió solemnemente y que jamás otorgó.

mi frente de tinieblas, y la sola luz que dejan llegar á mi es la de las hogueras que devoran mis entrañas (1).

« — No obstante, me llaman grande, porque en lejanos climas tengo guerreros que reinan en mi nombre sobre inmensas provincias, y mi pavellon ondea en los mares

(1) La España podía decir muy bien que las hogueras destruyan sus entrañas, y cuando en el espacio de 339 años, 84,958 españoles han sido quemados vivos por la inquisición, y 48,049 en estatuas, sin contar 238,214 que han sido condenados á galera ó á prisión perpetua, y más de 200,000 que penitenciados y condenados á llevar el san Benito por cierto tiempo ó perpetuamente, han sido deshonrados hasta su última posteridad.

Estos números, demasiado elocuentes acusadores de la inquisición, son históricos. He aquí finalmente, una tabla que tomamos textualmente de la *Historia de la Inquisición de LLORENTE*, y que se halla también en la *Historia de la Revolución de España* en 1820, por Ch. L. publicada en París en 1820, pro Plancher, Rue popée, 71:

Recapitulación general de las víctimas que la inquisición ha sacrificado en España desde 1481 hasta 1820, bajo el ministerio de cuarenta y cinco inquisidor generales.

	Quemados vivos	Quemados en estatuas	Condenados á galeras ó prisión perpetua
De 1481 a 1498 bajo el ministerio de Tomás de Torquemada, primer inquisidor general	10220	6840	97371
De 1498 á 1507, bajo el ministerio Desá, segundo inquisidor general	2592	829	32952
De 1507 á 1517, bajo el de Jimenez de Cisneros, tercer inquisidor general	3564	2232	48059
De 1517 á 1521 bajo Adriano Florencio, cuarto inquisidor general	1620	560	21835
De 1521 á 1523 interregno	324	42	4181
De 1523 á 1545 bajo Alfonso Manrique, quinto inquisidor general	2250	1125	11250
De 1545 á 1556 bajo Tabera, sexto inquisidor general	810	420	6520
Bajo Loasia, sétimo inquisidor y durante el reinado de Carlos V.	1320	660	6600
De 1556 á 1557 bajo el reinado de Felipe II	3990	1845	18450
De 1557 á 1621 bajo Felipe III	1810	692	10716
De 1621 á 1665 bajo Felipe IV	2852	1428	14080
De 1665 á 1700 bajo Carlos II	1630	540	6512
De 1700 á 1746 Felipe V	1600	760	9120
De 1746 á 1759 bajo Fernando VI	10	5	170
De 1759 á 1788 bajo Carlos III	4	5	56
De 1788 á 1808 bajo Carlos IV	4	1	42

En esta tabla no es comprendido el reinado de Fernando VII durante el cual más de cien mil personas han sufrido el encarcelamiento, las galeras ó destierro; sería preciso también añadir el número incalculable de víctimas que la inquisición de España á sacrificado á su ambición en Sicilia, Cerdeña, Flandes, América y las Indias, para comprender la fuerza de las palabras que el autor hace pronunciar á la desolada España... En una palabra, además de las víctimas que la inquisición ha podido alcanzar, cinco millones de

de ambos mundos; me llaman fuerte porque estoy pacífica y tranquila, y se cuida de echar todos los días sobre mis úlceras sangrientas un velo de orgullo y de engaño para cubrir las porque se sofocan bajo las cadenas mis largas quejas de agonía.

habitantes han abandonado el hermoso suelo español para sustraerse, con un destierro, á la crueldad del santo oficio. Así es que este hermoso país, que en tiempo de los moros contaba treinta y cinco millones de almas, ha sido reducido á diez. ¡Es esta la misión que Cristo ha legado á sus discípulos, y estos á los sacerdotes de la iglesia Romana! ¡es así como los sucesores de los apóstoles siguen el sublime precepto del Señor. « ¡Creced y multiplicad... » y el de Cristo: « Amaos los unos á los otros... » ¡Pues bien! escuchad á los sacerdotes romanos: ellos ordenan que la religión no es ya respetada, que se la menosprecia, ¡que se calumnia á los ministros de Dios! ¡Ah! responded á esos que os hablan así lo que Jesús respondió á los escribas y fariseos: « ¡Malditos seáis, escribas y fariseos, hipócritas, porque deborais la casa de las viudas aun bajo pretexto de hacer largas oraciones! ¡Malditos seáis, escribas y fariseos hipócritas, que lavais el exterior de la copa y el plato, pero el interior está lleno de rapina é intemperancia! » (MATEO, cap. XXIII, versículo 14 y 23).

Es verdad que, impulsado por el escándalo que daban los frailes y algunos sacerdotes españoles á la mitad del siglo diez y seis, el papa mandó á los inquisidores de España perseguir á todos los sacerdotes y frailes á quienes la voz pública acusase.

Pero en esta época era cosa peligrosa promover esta clase de negocios en un país que comenzaba á sentir un odio profundo y menosprecio, que nadie ocultaba, por los frailes y por esa especie de sacerdotes ignorantes y viciosos que han abundado siempre en España; luego, los luteranos no habrían dejado de sacar armas terribles contra la confesión auricular, de todos esos procesos que sería preciso intentar contra las dos terceras partes del clero romano español y la mayor parte de los frailes. Así la inquisición, siempre habil cuando se trataba de hacer su voluntad contra la de los reyes y la de los papas, la inquisición halló el medio de no saber; ella que sabía todo y que tenía ojos y oídos por todas partes, halló el medio de no saber lo que pasaba en lo interior de los numerosos conventos de frailes que ocupaban el país.

Sin embargo, he aquí una historia que la inquisición no pudo ignorar por lo escandalosa:

Un capuchino, confesor de diez y siete beatas reunidas en un convento de Cartagena, había sabido inspirar á sus penitentas tan grande confianza, que habían concluido por mirarle como un santo, como un oráculo del cielo; el devoto fraile fingió todas las virtudes por algun tiempo, aunque el demonio de la carne no cesase de atormentarle; mas al momento que creyó su reputación de santidad bien afirmada entre sus hijas, se aprovechó de las frecuentes entrevistas que tenía con ellas en el confesonario para insinuarlas sus perniciosas doctrinas. He aquí el discurso que tuvo con cada una de ellas en particular:

« Nuestro Señor Jesucristo ha tenido la bondad de dejarse ver de mí en la hostia consagrada en el momento de la elevación, y me ha dicho: casi todas las almas que diriges en este beaterio me son agradables, porque tienen un verdadero amor á la virtud, y se esfuerzan en caminar hácia la perfección. Fulana (aquí nombrara á la que queria seducir) sobre todo, Fulana... su alma es tan pura y tan fuerte que ha vencido ya todas las pasiones terrestres excepto una, la sensualidad: esta pasión la atormenta mucho, porque en ella el demonio de la carne es muy poderoso, á causa de su salud, de su juventud y de sus gracias naturales, que la excitan vivamente al placer. A fin de recompensar sus virtudes, y para que se una más perfectamente á mi amor y me sirva con una tranquilidad de que no goza, y que merece sin embargo, te encargo de concederle en mi

« ¡Oh! ¡vivir, vivir y respirar un solo día el aire puro de la libertad! ¡vivir y marchar sola por su fuerza hacia el porvenir!...

« Así hablaba la España un momento reanimada; pero al sonido de su voz lastimera, veo á los vampiros avanzarse por la oscuridad, apoderarse de ella nuevamente en su tumba fria, y horriblemente agrupados sobre su pecho descarnado, entreabrir con sus avidos dientes las venas en que todavía circular algunas gotas de sangre.

« ¡Oh! ¡piedad! ¡piedad de ella!... no acabeis de extinguir su última chispa de vida! dejadla recobrar un instante de existencia.... dejadla recobrar toda la sangre que ha perdido.

« Mas no.... los vampiros no tienen piedad, su víctima anonadada y exánime, ha perdido aún ese último aliento, esa apariencia de vida que le daban todavía las victorias de Carlos V. Un espectro de rey sucede al rey conquistador. Este espectro reina en la oscuridad y en la nada....

nombre la *dispensa* de que necesita para su reposo, diciéndola que puede satisfacer su pasión carnal, con tal que sea expresamente *contigo*, y que, para evitar el escándalo, guarde el más profundo secreto sobre todo lo que pase entre ella y tu; de esto no deberá hablar á nadie, ni aún á otro confesor, visto que ella no pecará con la dispensa que yo le concedo, por el santo fin de ver cesar todas sus inquietudes y para que haga nuevos progresos en el camino de la santidad».

Por medio de este discurso repetido á cada beata, cuando las confesaba, el capuchino tuvo bien pronto un serrallo, porque sobre diez y siete este mujeres reunidas en este convento y confiadas á su dirección, trece se entregaron á él, deseosas sin duda de hacer progresos en el camino de la salvación y de dominar el demonio de la carne por el medio muy natural del bienaventurado director.

Desgraciadamente para el confesor y para las beatas, una de ellas, de edad de veinte y cinco años, cayó peligrosamente enferma y pidió otro confesor que, después de haber sabido de ella todo lo que habia pasado, la exortó á declararlo todo al santo oficio, por temor, como sospechaba y con razon, que el capuchino no hubiese seducido á otras penitentas. Este mujer recobró la salud, y al momento se denunció á la inquisición y refirió á un inquisidor encargado de oírlo, que durante tres años consecutivos habia tenido comercio ilícito con su confesor; añadió que en su alma y conciencia ella jamas habia creído que Jesucristo se hubiese aparecido al capuchino, y que, si habia fingido creerlo, no habia sido sino para poderse entregar sin rebozo á sus deseos carnales.

Después de una información, la inquisición obtuvo la certeza de que el mismo exceso habia sido cometido con doce beatas, de la misma comunidad, y que las cuatro que el confesor habia respetado eran muy viejas ó muy feas.

Se disolvió al momento este beaterio en muchos conventos. Pero se temió cometer una *imprudencia* haciendo arrestar al confesor, y conduciéndole á las prisiones secretas del santo oficio. Se receló que el pueblo menospreciase á los frailes mucho más de lo que lo hacia. Para cortar todas las dificultades escribieron al consejo de la suprema, que llamó al capuchino *abajo* á Madrid, en donde el consejo de la suprema le concedió tres audiencias ordinarias de *admoniciones*. Pero su audacia igualó á su libertinaje.

Los vampiros, sus fieles satélites, se ordenan al rededor de él, y con sus manos descarnadas acaban por echar en la tumba el cadáver de la España.

« Y la España, fatigada de la lucha, se retira entonces un reposo semejante al de la muerte ... se echa encima el sudario que la separa de la vida y en su cuerpo entorpecido y casi insensible, se agitan en el estupor de la vida claustral todos los secuaces de Roma.... Sobre este cadáver inerme se derrama sangre.... sangre á borbotones, y cada día millares de hogueras devoran algun fragmento de ese cadáver inmóvil.

« El cadáver se vuelve esqueleto.... Sin embargo no está todo hecho.... La ceniza, la ceniza fecunda, puede todavía reanimarse... ¿Que luz benéfica y lejana brilla de pronto sobre ella?... el polvo se renueva y se hace hombre.... La España no estaba más que dormida.... Mas ¡hay de mí! ese largo sueño acaso durará siglos, y no veremos nosotros los hermosos días que deben lucir para

Interrogado sobre los hechos que acabamos de referir, respondió sin desconcertarse que su conciencia no le reprochaba nada que tocase á la inquisición, y que estaba sorprendido de verse preso.

Se le objetó que era increíble que Jesucristo se le hubiese aparecido en la hostia para dispensarle del sexto precepto del decálogo.

Respondió: que Dios habia tambien dispensado á Abraham del quinto mandándole sacrificar á su hijo Isaac; que otro tanto podia decirse del sétimo mandamiento, pues, según las escrituras santas, es evidente que Dios habia permitido á los hebreos robar los efectos de los egipcios.

Se le hizo observar que en los dos casos que citaba se trataban de ministerios favorables á la religión.

Replico que lo que se habia pasado entre el y sus penitentas, Dios habia tenido el designio de tranquilizar trece jóvenes y de ninguna manera á las otras cuatro, de las cuales tres eran viejas y una muy fra, el capuchino refirió con serenidad este pasaje de la escritura: *El espíritu santo sopla donde quiere*.

Tales fueron las respuestas del confesor libertino en las dos primeras audiencias; el día de la tercera llevo en fin; esta audiencia debia ser la última que se le concedia antes de juzgarle. El capuchino persistió al principio en su sistema de defensa. Pero pensando que podria muy bien ser quemado vivo, solicitó una nueva audiencia, que le fué concedida. En ella declaró con fingida humildad que creia estar engañado, que el espíritu malo le habia cegado hasta el punto de hacerle ver como cierta la aparición de Jesucristo en la hostia, y que habia sido víctima de una ilusión; pero, conociendo que los inquisidores no eran su juguete y que no querian más que salvarle, confesó en fin su hipocresía y todos sus crímenes con una franqueza que tocaba en cinismo, y se sometió á todas la penitencias que sus jueces quisiesen imponerle.

En lugar de condenarle á muerte como sacrilego, hipócrita, lujurioso, seductor y perjuro, los inquisidores se contentaron con condenarle á hacer adjuración *de levi* y á sufrir una prisión de cinco años en un convento de su orden, en donde este miserable murió después de tres años de haber entrado.

Esta historia, que es la del capuchino de Cartagena, y, con algunas leves variantes, la de la mayor parte de los sacerdotes de nuestros días, esta consignada en la *Historia* y en los *Anales de la Inquisición*, de donde la hemos tomado.

la patria.... Para nosotros, es el destierro, el destierro de pan amargo, y la lucha, la lucha eterna.... porque los que entonces no existan ya, habrán tambien tenido su parte en esta grande obra.... tambien habrán ayudado á la regeneración del mundo!... »

Dolores dejó de hablar; su frente estaba bañada de sudor, y todo su cuerpo agitado de un temblor convulsivo, parecia proxima á fallecer: cerró los ojos y se dejó caer á los pies de Estévan.

Estévan la tomó en sus brazos, se sentó sobre un fardo y apoyó en su pecho la bella cabeza de Dolores.... Y la joven inspirada, llena de emociones y fatigas, se durmió sobre el seno del que ella amaba.

En este momento entraban en alta mar, el viento más fresco sopló con nueva fuerza las velas del buque. La luna, ancha y pálida, mostrando su faz argentina en el cielo, iluminó con debil resplandor el bello rostro de la joven. La mar parecia una balsa de aceite sembrada de pequeñas colinas resplandecientes. Un silencio profundo y religioso reinó en medio de esta vasta soledad del Océano, y la nave, resbalándose por el agua como una flecha, condujo á los expatriados á esa tierra lejana en donde brillaba la aurora de la libertad. Acaso en ella los volveremos á encontrar algun día.

LI.

Distrucción de la inquisición.

Ahora, nos será permitido preguntar al lector si es un bueno y sabio pensamiento el que haya presidido á la redacción de esta obra; ¿es un folleto injurioso y de mala fé lanzado contra la inquisición, ó una relación fiel, una apreciación imparcial de los hechos que han ocurrido en esa memorable y sangrienta época? Que terrible historia acabamos de leer, que dramas palpitantes de intereses, cuyas diversas peripecias, rigurosamente conformes á la realidad, sobrepujan á todos los sueños de la imaginación! ¡Que de sombríos y espantosos misterios; ¡que de crímenes y sacrilegios! ¡que vergüenza y crueldad! El autor nos ha iniciado completamente en las vergonzosas costumbres, en los excesos infames de las altas dignidades del santo oficio, en el fanatismo estúpido y barbaro de los agentes subalternos, en los horribles suplicios que el genio infernal y el ascetismo feroz de los frailes sabia inventar, esos suplicios producian muy buenos resultados en provecho de esos frailes insaciables para que consintiesen envenenarle. ¡Que de concesiones arrancadas así al sufrimiento! ¡que de riquezas y poder adquiridos ilegalmente! ¡que de confesiones imaginarias dictadas por el terror! ¡que de revelaciones falsas vueltas todas en provecho de la política y los odios inquisitoriales! ¡Que de víctimas inmoladas para edificación del mundo cristiano, la propagación de la fé católica, y para la mayor gloria de Dios!

¡Se creará que tales abominaciones se hayan perpetuado por muchos siglos? solo en 4 de diciembre de 1808, Napoleón, usando de sus derechos de conquistador, decretó en Chamartin, lugar próximo de Madrid, la supresión de

los tribunales del santo oficio, como atentatorios á la soberanía. Cuando José fué reconocido rey de España, todos los procesos criminales, á excepción de los que podían pertenecer á la historia por su importancia y su celebridad ó por la cualidad de las personas, fueron quemados de su órden; pero se conservaron intactos los registros de las resoluciones del consejo, de las ordenanzas reales, y todos los informes sobre las genealogías de los empleados del santo oficio. Casi todos los edificios pertenecientes á la inquisición fueron destruidos en esta época, pero no fué sin trabajo y sin efusión de sangre. Para citar un ejemplo, dejaremos hablar al coronel polaco Lamanousk, encargado por el mariscal Soult de destruir la inquisición de Madrid:

« Estando en 1809 en Madrid, mi atención se dirigió á la casa de la inquisición; Napoleón habia publicado ya un decreto para la supresión de esta institución en todas las partes en que sus armas victoriosas se extendiesen. Yo se lo recordé al mariscal Soult, entonces gobernador; á lo que me mandó poner en ejecución la destrucción de la inquisición. Lo hice ver igualmente que mi regimiento, el 9º de lanceros polacos, era suficiente para tal servicio; pero le dije que, si él me daba otros dos regimientos, yo la emprenderia; él accedió á mi petición.

« Uno de los regimientos, el 117º, estaba bajo las órdenes del coronel de Lille. Con estas tropas, me dirigí á la inquisición. El edificio estaba rodeado de un muro muy fuerte, y guardado por 400 soldados. Al llegar á sus murallas, me dirigí á una de sus centinelas y exorté á los inquisidores á que se rindiesen al ejército imperial y abriesen las puertas de la inquisición. Su centinela, que estaba en la muralla, pareció hablar algunos momentos con alguien que se hallaba dentro; después de lo cual nos hizo fuego y mató uno de nuestros soldados. Esta fué la señal de ataque, yo mandé á mis tropas hacer fuego á los que se presentaban en la muralla. Pronto se conoció que el ataque era desigual.

« Las murallas de la inquisición estaban cubiertas de familiares del santo oficio; habia tambien en ellas un parapeto, detrás del cual se ocultaban, no saliendo más que para exponerse en parte mientras descargaban los mosquetes. Nuestras tropas estaban en una llanura abierta y expuestas al mortífero fuego; no teniamos una pieza de artillería; no podiamos tampoco escalar las murallas, y las puertas resistían á todos nuestros esfuerzos para de-

rribarlas. Conocí que era necesario cambiar de modo de atacar, e hice cortar árboles que, conducidos al mismo lugar debían servirnos de ariete. Dos de estas máquinas fueron puestas en manos de tantos hombres como eran necesarios para trabajar con ventaja, y comenzaron á dar grandes golpes contra los muros, sin cuidarse de la lluvia de balas que caía sobre ellos. Los muros no tardaron en conmoverse, y con los esfuerzos perseverantes y bien dirigidos del ariete, se abrió una brecha, y las tropas imperiales entraron en la inquisición.

« Entonces vimos una muestra de lo que puede la astucia jesuítica. El inquisidor general y los frailes, con sus vestiduras sacerdotales, salieron todos de sus retiros, cuando procurabamos abrirnos un paso en lo interior de la inquisición; y con semblantes macilentos, los brazos cruzados sobre el pecho y las manos en los hombros como si no habiendo oído nada del ruido causado por el ataque y la defensa, venían á informarse de lo que pasaba, dirigiéndose con un tono de reconvencción á sus soldados; diciendo:

« — ¿Por qué os batis con nuestros amigos los franceses?

« Parecia que su intención era hacernos creer que ellos de ninguna manera los habian autorizado á la defensa, esperando convencernos de que eran nuestros amigos, y poder aprovecharse más facilmente de la confusión y del saqueo de la inquisición para escapar. Su artificio era sin embargo muy mal imaginado y no tuvo éxito. Yo les hice guardar de cerca y todos los soldados de la inquisición fueron hechos prisioneros. Comenzamos entonces á reconocer esta prisión infernal.

« Atravesamos unos cuartos después de otros; hallamos altares, crucifijos y velas en abundancia, pero no pudimos descubrir ninguna señal de la iniquidad que debia ejercerse en este lugar, ninguna de esas cosas extraordinarias que esperábamos hallar en una casa de la inquisición. En ella se observaba la belleza, el esplendor, el órden más perfecto. La arquitectura, las proporciones, todo era admirable. Los cielos rasos y las paredes de un brillo sorprendente. Los suelos de mármol estaban colocados con un gusto exquisito. Habia todo lo que puede agradar á la vista y al gusto más delicado; ¿más adonde estaban esos instrumentos de tormento de que se nos habia hablado? ¿adonde esos calabozos en los cuales decían estar seres humanos sepultados vivos? Los busca-

bamos en vano. Los santos padres nos aseguraron que les habian calumniado, que habiamos visto todo.

« Yo me preparaba á dejar mis investigaciones, persuadiéndome de que esta inquisición era diferente de las que se nos habia hablado; pero el coronel de Lille, no queriendo renunciar tan facilmente á estas, me dijo: Coronel, vos mandais hoy y lo que dispongais debe hacerse; mas si quereis seguir mi consejo, haced examinar más estos pisos de mármol, haced verter agua en ellos, y veremos si no hay lugar por donde se corra más facilmente. Yo le respondí: Coronel, haced lo que gustéis; y mandé traer agna.

« Las losas de mármol eran grandes y de un soberbio pulimento. Después que el agua se hubo echado sobre el piso, con grande pena de los inquisidores, examinamos con cuidado todas las uniones para ver si el agua se infiltraba por alguna. Poco después, el coronel de Lille gritó que habia hallado lo que buscaba. Por una de estas juntas de las losas de mármol el agua corria con lijereza, como si hubiese un reservatorio debajo. Todos pusieron manos á la obra para mayores descubrimientos; los oficiales con sus espadas y los soldados con sus bayonetas trataban de descubrir el intersticio y levantar la losa. Otros daban fuertes golpes con las culatas de sus fusiles, procurando romperla, mientras que los sacerdotes reclamaban la profanación de su hermosa y santa casa. De improviso un soldado dió en un resorte con su fusil, y la losa se levantó; entonces los semblantes de los inquisidores se pusieron pálidos, y, como Baltasar, cuando una mano escribia en la pared, estos hombres de Belial, se pusieron á temblar.

« Miramos bajo la losa fatal que se habia alzado un poco y vimos una escalera. Me acerqué al altar y cogí de uno de los candelabros un hacha de cuatro piés de largo que ardía, á fin de explorar nuestro descubrimiento. Cuando la cogí, fui detenido por uno de los inquisidores que, poniendo dulcemente su mano en mi brazo, me dijo con aspecto devoto: « Hijo mio, no debeis tocar eso con vuestras manos manchadas de sangre; es cosa sagrada. » « Bien, le respondí, necesito de una antorcha sagrada para sondear la iniquidad. Tomo la responsabilidad sobre mi. » Tomé el hacha, bajé la escalera y descubrí entonces por qué el agua nos habia revelado el paso. Bajo este enlosado estaba un cielo raso muy unido, excepto en donde se hallaba la trampa.

« Llegados á lo bajo de la escalera, entramos en una grande habitación cuadrada, llamada sala del juicio. En medio se hallaba un grueso tronco, una silla fija en él; en ella era en la que acostumbraban á poner el acusado, ligado á la silla. Á un lado de la habitación estaba otra silla elevada, llamada el trono del juicio. Esta era ocupada por el inquisidor general. Habia al redor, asientos menos elevados para los frailes, cuando se trataba de los negocios de la santa inquisición. De esta habitación pasamos á la derecha, y hallamos celdas pequeñas que se extendian por toda la longitud del edificio; más en ellas, ¡qué espectáculo se ofreció á nuestra vista! ¡Cómo habian jugado con la benéfica religión del Salvador esos hombres que hacían profesión de ella! Estas celdas servian de calabozos solitarios en donde las desgraciadas víctimas del odio inquisitorial, estaban encerradas hasta que la muerte viniese á libertarlas de sus verdugos. ¡Se dejaba en ellos sus cuerpos hasta la descomposición, y los calabozos eran entonces ocupados por otros! Á fin de que esto no incomodase á los inquisidores, habia tubos bastante grandes para despetir el olor infecto de los cadáveres.

« En estas celdas hallamos los restos de algunos hombres que habian espirado recientemente, mientras que en otros no se hallaban más que esqueletos encadenados. En algunas encontramos víctimas vivas de toda edad y de todo sexo, desde el joven y la joven, hasta los viejos de setenta años, ¡todos tambien despojados de sus ropas como en la hora de su nacimiento!

« Los soldados se ocuparon inmediatamente de poner en libertad á estos presos y quitaron una parte de sus vestidos para cubrir estas infelices criaturas; ellos deseaban vivamente llevarles á la luz del día; pero, reconociendo el peligro que habria en hacerlo, me opuse é insistí para que se les diese primero lo que necesitaba y para que no les hiciesen ver el sol sino de una manera gradual.

« Habiendo visitado todas las celdas y abierto las puertas de las prisiones de los que vivian todavía, fuimos á visitar otra cámara á la izquierda. Allí hallamos todos los instrumentos del tormento que el ingenio de los hombres ó demonios puede inventar.

« A su vista, el furor de los soldados no pudo ya contenerse, dijeron que cada uno de los inquisidores, frailes y familiares del establecimiento, merecia ser puesto al tormento. No intentamos detenerlos. Comenzaron inme-

diatamente las obras del tormento por los sacerdotes. Yo vi dar cuatro especies diferentes de tormento, luego me retiré de esta horrible escena, que duró todo el tiempo que hubo un solo individuo habitante de esta antecámara del infierno, sobre el cual los soldados pudieron ejercer su venganza.

«Tan luego como las pobres víctimas salidas de los calabozos de la inquisición pudieron ser sin peligro, conducidos de su prisión á la luz (la noticia se habia esparcido, de que un gran número de desgraciados habian sido salvados de la inquisición), se vió llegar á todos los que el santo oficio habia arrancado á sus amigos. Venian á ver si habia algunas esperanzas de hallarlos vivos. ¡Oh! ¡que encuentros!

«Cerca de cien personas, que habian sido sepultadas por muchos años, eran vueltas á la sociedad de sus semejantes; muchas hallaron entre ellas á un hijo, á una hija; una hermana á un hermano. Algunos, hay de mí! no conocieron á los amigos. Esta escena, no se puede describir! Después de haber sido testigos, queriendo acabar la obra que yo habia comenzado, volví á Madrid, y obtuve una gran cantidad de pólvora que coloqué bajo el edificio y en sus subterráneos. Millares de espectadores atentó, nos vieron ponerle fuego. Los muros y los torreones macizos del orgulloso edificio se elevaron en escombros hácia el cielo. La inquisición de Madrid no existia ya.»

La supresión de los tribunales de la inquisición habia sido de nuevo pronunciado, el 12 de febrero de 1813 por las cortes generales y extraordinarias de España, como incompatibles con la nueva constitución política de la monarquía; pero el 21 de julio de 1814, fueron restablecidos por decreto de Fernando VII, vuelto á entrar en España por consecuencia del tratado de Valenciennes. Don Fernando Mier y Campillo, obispo de Almería, fué el que el rey nombró por decimo quinto inquisidor general. En las ordenanzas de este nuevo inquisidor, se hallan maximas tan contrarias á los verdaderos intereses del Estado, como á los de la religión; y, aunque el tormento debiese estar abolido en esta época por la fuerza de las circunstancias, en los tribunales de la inquisición se le vió renacer en 1815, con un auto de fé por causa de herejía. José María Morellos fué una de las últimas víctimas.

La inquisición no fué definitivamente abolida en España hasta 1821. Hoy no existe, y gracias al progreso

de la razón humana, en vano se trataria de restablecer este sangriento edificio de lo pasado. Sin embargo, los inquisidores han dejado numerosos sucesos con sus mostruosas doctrinas, sacerdotes fanaticos, ávidos como ellos de riquezas y de dominación, soldados aventureros: ardientes familiares de la Santa Sede, feroces jenisaros del papa, que quieren gobernar é invadir todo en nombre de la religión, arteros casuistas que hallan excusas para todos los crímenes, profesando la abominable máxima de que el fin justifica los medios, y que, decididos á osarlo todo, se abanzarán sin jamás retroceder, á la conquista del absoluto poder.

Estos peligrosos herederos de la inquisición tienen como ella numerosos é influentes auxiliares; forman tambien una vasta sociedad esparcida por todo el globo, disponiendo de inmensos recursos, obrando de vez en cuando con el terror, la seducción, la fuerza, el dinero, obedeciendo la fuerza de un solo hombre. Esta sociedad levanta la cabeza con arrogancia, pronto á posesionarse del poder que poseen manos debiles que no saben manejarlo; esta ferrible sociedad es la que por largo tiempo, ha turbado, desolado los Estados, dividiendo para reinar, sembrando la discordia y la amargura para rebatar la dominación; esta misma sociedad, que ahora todavia desgarrá la Italia, amenaza á Prusia, fomenta la guerra civil en España, y domina á la Belgica, ha echo correr la sangre en Lucerna y se mantiene libre en Francia á pesar de las leyes de expulsión que acaba de reventar á sus piés. Tengase mucho cuidado y no deje de resistirsele, porque estos fanaticos sectarios ne se dejan batir, y no descansarán en la victoria sino cuando hayan absolutamente reconquistado la soberania espiritual y temporal como en los felices tiempos de la inquisición!

Pero encontraron felizmente hombres prontos á sacrificarse por desenmascararles.

Creemos haber comenzado bien nuestro trabajo, si juzgamos por la manera con que el pueblo acogió los *Misterios de la inquisición*. Después de haber descubierto con esta obra las verdaderas causas de esa letargia moral, política y literaria que ha por tanto tiempo retenido: los pueblos cautivos en los lazos de la ignorancia, publicamos otra que tiene por objeto señalar las invasiones misteriosas del clero de nuestra época, y sus esfuerzos permanentes contra las ideas de progreso y de civilización de la sociedad actual.

Nosotros tenemos la convicción de llegar á ese resultado haciendo aparecer una obra que es, por así decirlo, la continuación de esta y que hace por título: *El secreto de Roma en el siglo diez y nueve*.

Roma está sin duda distante de los días abominables que han marcado los anales del pontificado, pero sus deseos secretos, sus pensamientos íntimos y sus odios profundos no han cambiado, sus designios, su avaricia y su ambición son los mismos.

Roma es el foco y la patria de las asociaciones funestas que se atacan por una dominación oculta á todas las nacionalidades, sobre todo á la Francia es á la que amenaza sin piedad. Acordémonos que á ella le toca combatir con más energía esta invasión, y procurar derribar este viejo coloso del pontificado, todavía brillante por lo exterior y derruido en lo interior por la corrupción y la mentira.

Desde principios de este siglo el clero ha reconquistado la mayor parte de lo que había perdido por la revolución de 1789, ha estado vacilante un instante por los sucesos de 1830; pero hoy se dirige más que nunca contra el movimiento intelectual que rechaza sus orgullosas pretensiones. En las tinieblas quiere concluir este trabajo; lo que más teme es la luz. Revelando el *Secreto de Roma en el siglo diez y nueve*, le arrancamos su máscara engañadora, encendemos una inmensa antorcha á cuyos resplandores Roma aparecerá á la vista de nuestros lectores con la falsa brillantez de su fausto hipócrita y el estímulo vergonzoso de sus costumbres disolutas.

Dígnese el lector seguirnos y juzgará de nuestro trabajo después de completo.

FIN.